

andado, pues las prescripciones religiosas no son arbitrarias o caprichosas sino ancladas en un conocimiento profundo de las leyes del ser, que han sido reveladas a la humanidad a través de los profetas.

### **Horacio: la ecuanimidad como antídoto y guía**

Shakespeare retrata a través del personaje del único amigo de confianza de Hamlet una de las cualidades más importantes que todo peregrino del espíritu debiera tener: la constancia y la ecuanimidad. Cuando le dice que es el hombre más ecuánime de todos los que ha tratado, Horacio le responde que no le adule, a lo que Hamlet contesta que no lo hace, pues no tiene sentido adular a los pobres que no tienen más rienda que un buen carácter. Horacio, dice el príncipe de Dinamarca, es de los que no manifiestan su dolor aun sufrir mucho y recibe con igual agradecimiento los golpes y dones de la Fortuna, y bienaventurado es quien tiene la sangre y la razón tan igualadas que no hace como la flauta a merced de los dedos de la Fortuna, pues no es esclavo de la pasión<sup>203</sup>.

Horacio representa así el prototipo de ser humano ecuánime que no se deja arrastrar por las emociones negativas fruto de los vaivenes de la fortuna. Como es bien sabido, dejarse arrastrar por la negatividad es causa de perturbación. En algunas enfermedades de origen mental vemos como la persona es arrastrada por las emociones negativas en la dirección de realizar conductas perjudiciales para ella misma. Cuando esto sucede se establece un círculo vicioso difícil de romper, ya que las conductas perjudiciales refuerzan

---

203 W. Shakespeare, *Hamlet*, Acto III, Escena II.

todavía más las emociones negativas. Para hacer frente a esto es necesario el uso de la voluntad. No se trata tanto de negar o reprimir este tipo de emociones sino de saber cómo manejarlas, es decir, de poderlas experimentar sin haberlas de actuar necesariamente. Si con cierta disciplina interna se entrena la voluntad para no dejarse llevar, entonces las emociones negativas pierden fuerza y poder, ya que sabemos que afectarán poco o en nada a nuestra vida.

En la tradición sufí se da el método para llegar a esta imperturbabilidad del carácter, por así decirlo. Se habla de la Ley (*šarīa*) y la sunna (la costumbre del profeta Muhammad) como la guía que permite hacer frente a los impulsos del alma compulsiva (*nafs*). El Corán contrapone la Ley a la pasión:

“Luego, te pusimos en una vía (*šarīa*) respecto a la Orden. Síguela, pues, y no sigas las pasiones de los que no saben”<sup>204</sup>.

De nuevo recordamos aquí que el concepto de *šarīa* ha sido injustamente manipulado y su sentido profundo no se corresponde prácticamente en nada con el trato que se le da en la actualidad; por ejemplo en los medios se identifica a menudo la *šarīa* con prácticas como la lapidación, práctica por cierto que no aparece en el Corán y que es anterior a la revelación coránica, pues era practicada por los judíos contemporáneos al profeta Muhammad. El Corán, por tanto supone la superación definitiva de esta práctica. La *šarīa*, por el contrario, se refiere esencialmente a una ley no humana, que precisamente por ser no-humana permite trascender la condición humana. Por ejemplo, a través del ayuno prescrito durante la novena luna del año, o a través de la prescripción de la oración y el Recuerdo de Dios, así como de la prohibición de alimentos considerados impuros y asociados

---

204 C. 45:18 (trad. de J. Cortés).

a múltiples enfermedades, como la carne de cerdo, se da el marco necesario para que se opere la transmutación de las pasiones en sus contrarios metafísicos, esto es, las virtudes o altos valores humanos, es decir, para que se realicen los bellos nombres divinos.

En el Corán leemos que Dios ama a los constantes, y un hadiz dice que la acción que Dios ama más es aquella que se realiza con constancia, por pequeña que sea. Así, la cualidad de la ecuanimidad se busca desarrollar a través de un comportamiento constante basado en la *sunna* y en el Corán. Cuando se habla de la cortesía (*adab*) y de la obligación de ser cortés, no es solo por una cuestión de respeto o de buenos modales necesarios para la concordia social, sino ante todo por una cuestión de necesidad, pues ceñirse a unas pautas de comportamiento prefijadas por la tradición es la manera de auto protegerse de los impulsos perjudiciales externos e internos, a la vez que es el medio de realizar las cualidades positivas latentes.

Por ejemplo, entre los buenos modales están el de saludar y devolver el saludo, así como saludar antes de iniciar una conversación. Un hadiz llega a relacionar el saludo con la entrada en el paraíso, la creencia y el amor:

“No entraréis en el paraíso hasta que creáis, y no creeréis hasta que os améis. ¿No queréis que os indique algo que, si lo hacéis, incrementará el amor entre vosotros? Extended el saludo entre vosotros”<sup>205</sup>.

El saludo es considerado así de vital importancia, pues es un reconocimiento del otro como fin en sí mismo, y no como medio para intereses personales.

Shakespeare expone en *Hamlet* esta característica del alma compulsiva que es capaz de utilizar a los demás como

---

205 *Sabih Muslim*, hadiz n. 96

medios y no como fin en sí mismos, quitándoles así la dignidad. Encontramos una escena en que los cortesanos Guildenstern y Rosencrantz, al servicio del rey ilegítimo, intentan averiguar la razón oculta del extravagante comportamiento de Hamlet interrogándolo sutilmente. El príncipe de Dinamarca, que en aquel momento han entrado los actores con flautas, coge una flauta y le sugiere a Guildenstern que la toque, pero el cortesano responde que no sabe, y entonces Hamlet le amonesta diciéndole que lo quería convertir en algo indigno, haciéndolo sonar, pretendiendo conocer ‘sus agujeros’, como si una flauta fuese, y arrancar el misterio de su corazón, haciéndolo sonar desde la nota más grave a la más alta de su registro. Pero, con tanta música que esconde una flauta y es incapaz de hacerla sonar, le pregunta el príncipe al cortesano cómo puede pensarse que él es más fácil de tocar que aquella pequeña flauta. Así es puesta al descubierto la intención manipuladora de ambos cortesanos, que, por más que le refrieguen, dice Hamlet, no le sacarán ni un sonido<sup>206</sup>.

Los buenos modales protegen así de las intenciones ocultas del alma inferior, y a través de la disciplina aquellos se acaban convirtiendo en cualidades permanentes del carácter. Vemos este aspecto de la disciplina en otro momento del drama shakesperiano, cuando Hamlet amonesta a su madre por compartir lecho con su tío, y le dice que adquiera la virtud a través de la costumbre, pues esta tiene la fuerza tanto para llevar a la perdición como a la salvación. Una primera renuncia hará más fácil la próxima abstinencia y más todavía la siguiente, porque la costumbre cambia incluso los instintos de la naturaleza y puede someter el demonio o echarlo fuera con gran poder<sup>207</sup>.

---

206 W. Shakespeare, *Hamlet*, Acto III, Escena II.

207 *Id.*, *Hamlet*, Acto III, Escena IV.

En la misma línea encontramos un texto de Rūmī que dice lo siguiente:

“Si la Ley (el Corán y la Sunna) no hubiera ejercido un ensalmo lleno de gracia, cada cual hubiera desgarrado haciéndolo pedazos el cuerpo de su rival. La Ley hace un plan para repeler el mal, mete al demonio en la botella de la prueba – testigo y juramento y el arredrarse hasta que venga a parar en la botella el insolente demonio - al igual que la balanza por la que se aúna seguramente el contento de dos adversarios, en broma o en serio. Que sepas con certeza que la Ley es como la medida y balanza mediante la cual se salvan los litigantes de la altercada y la enemistad. Cuando no hay balanza, ¿cómo escapará el litigante del disputarse a causa de sospechas de estafa y engaño?”<sup>208</sup>.

Ibn ‘Arabī, por su parte, hace el siguiente comentario sobre el derecho sagrado en contraposición a la pasión:

“Dios ha dicho: ¡Oh David! Te hemos establecido como representante sobre la Tierra. Ejerce la autoridad entre los hombres por medio del Derecho sagrado y no sigas las tendencias de la pasión (Cor. 38, 26). Por <<pasión>> hay que entender lo que te pasa por la mente en el ejercicio de tu autoridad sin proceder de una inspiración que tenga su origen en Dios. Y sigue el texto sagrado: pues esto te apartará del camino de Dios. Es decir, te apartará de la Vía por medio de la cual la Inspiración se comunica a Mis Enviados”<sup>209</sup>.

Calderón de la Barca, trata también este tema en su auto sacramental *El gran teatro del mundo*. Ante a la pregunta del

---

208 J. Rūmī, *Matnawī*, vol. V, Municipalidad Metropolitana de Konya, pp. 119-120.

209 Ibn ‘Arabī, *Los engarces de las sabidurías*, pp. 180-181.

personaje de ‘el pobre’ sobre qué hacer cuando los sentidos se miran perdidos, es decir, cuando carecen de orden o gobierno que los guíe, responde el Autor (Dios) que deberán seguir la guía de la Ley, la cual hará de apuntador, para evitar que el ser humano se equivoque. *Apunto* era el libreto que el apuntador tenía, para ir leyendo en alta voz la obra. Puesto que la comedia de la vida no se puede ensayar previamente por ello es necesaria la guía de la Ley revelada. En palabras de Calderón:

“Para eso, común grey, tendré, desde el pobre al rey, para enmendar al que errare y enseñar al que ignorare, con el apunto, a mi Ley; ella a todos os dirá lo que habéis de hacer, y así nunca os quejaréis de mí. Albedrío tenéis ya, y pues prevenido está, el teatro, vos y vos medid las distancias dos de la vida”<sup>210</sup>.

En el Corán leemos que el demonio (*Šaytān*), entendido este como la masa de energías negativas que tienen vida propia y acechan el corazón, no tiene poder real sino sólo sobre aquellos que lo escuchan y siguen sus sugerencias tentadoras. En la azora treinta y seis (*Yā Sīn*), señalada por la tradición como el corazón del Corán, dos aleyas dicen lo siguiente:

“¿No he concertado una alianza con vosotros, hijos de Adán: que no ibais a servir al Demonio, que es para vosotros un enemigo declarado, sino que ibais a servirme a Mí? Esto es una vía recta”<sup>211</sup>.

Aquí se sitúa el ser humano en la disyuntiva de servir al demonio o servir a la realidad expresada por el término que se traduce por ‘Mí’, que alude obviamente a la realidad divina, y no se presenta una tercera opción. Una reflexión sobre la noción de ‘servidumbre’ (*ubūda*) permite entender

---

210 Calderón de la Barca, *El gran teatro del mundo*, p. 55.

211 C. 36: 60-61 (trad. de J. Cortés).

el significado de este pasaje: servir a algo o a alguien es ayudar a que manifieste sus posibilidades, es colaborar a dar existencia a aquello que encierra en su interior, sea bueno o malo. Esto se relaciona con la aleya que censura a aquellos que hacen un dios de su pasión. Un dios requiere adoración, y adorar es sinónimo de servir, es decir, de ayudar a que se manifieste algo. Hacer un dios de la pasión es darle fuerza a través de las acciones, es ponerse a su servicio, contribuyendo a que se manifieste y desarrolle plenamente, sirviéndola como un servidor lo hace respecto de su amo, y por ello se habla de esclavitud respecto a la pasión. Esto significa que los impulsos negativos internos sólo pueden manifestarse al exterior si se les sirve, es decir, si se les da una forma a través de un comportamiento que les permita manifestarse.

Pero la Ley y la sunna, precisamente por ser modos de ser universales y, según la tradición, revelados por el cielo, contienen un comportamiento que impide a los contenidos negativos expresarse, pero en cambio da vía libre a las cualidades positivas latentes para que se manifiesten y desarrollen.

Los impulsos negativos no pueden gobernar la conducta si se sigue la sunna. Si dichos impulsos no son actuados porque se sigue una ley (*šarīa*) externa pierden fuerza, y al final, como dice Rūmī, la Ley consigue encerrar el demonio dentro de la botella. Seguir la sunna va desde aplicar comportamientos cotidianos basados en la costumbre del Profeta, de quien el Corán dice que «en él tenéis un buen modelo», hasta las prescripciones rituales y el Recuerdo (*dīkr*) de Dios, pues el hecho de recordar a Dios impide a las sugerencias negativas tomar el mando, como dice la siguiente aleya:

“Y si te solivianta una incitación del *Šaytān* busca refugio en Allāh, es cierto que Él es Quien oye y Quien sabe. En verdad los que tienen temor (de *Allāh*), cuando una

instigación del *Šaytān* los tienta, recuerdan y entonces ven con claridad”<sup>212</sup>.

Seguir la sunna es así según los sufíes un eficaz método para protegerse de los estímulos que operan a nivel inconsciente. Además, si miramos la actividad inconsciente, vemos que el *nafs* opera como una fuerza ciega que necesita estar ocupada en algo, y se pondrá al servicio de quien domine en el alma. Si es el elemento inferior quien domina, es decir, si la persona está subyugada inconscientemente por toda la masa de energías negativas demoníacas que agitan el corazón, entonces el *nafs* se pondrá a trabajar en esta dirección. En Shakespeare encontramos un ejemplo de ello en la historia de *Othello*, cuando la mujer del traidor Iago, símbolo de la maldad, le sirve en sus planes pérfidos. Pero la mujer de Iago no es consciente de la maldad de su marido, sino que le ayuda a cumplir sus propósitos cumpliendo sus demandas.

### **El control de la ira a través de la sunna**

Evitar que la *nafs* se ponga al servicio de la maldad es posible a través de la sunna, pues ponerla en práctica significa dominar la maldad, pero no tanto en el sentido de represión como de canalización. Es decir, la *nafs* o alma compulsiva pasa a abocar su energía al objetivo de cumplir los preceptos de la sunna, de ahí el hadiz <<mi *Šaytān* se ha hecho musulmán y hace todo lo que le ordeno>>. Por ejemplo, la sunna permite reconducir las pasiones negativas: en el caso de una emoción tan destructiva como la ira, existe un hadiz que dice que todo lo que se agita en el pecho viene del *Šaytān*. Y en el mismo Corán aparece una asociación entre la ira y el pecho:

---

212 C. 7: 200-201 (trad. de A.G. Melara Navío)